

Capítulo XIV

Región Misquita. — Su adaptabilidad para una Colonia de Europeos. — Clima, productos, etc. — Viejas Colonias Inglesas que habían estado allí. — Nativos y la necesidad de brindarles protección. — Disputas en relación con la Costa Misquita. — Opinión de Mr. Edwards. — Difícil acceso a los Estados Centrales desde la Costa Atlántica. — Ruta por Omoa a Guatemala. — Salida de Belice. — Capturados por Piratas. — Huída a Cuba y regreso a Inglaterra.

Los poco acertados intentos hechos recientemente por cierto individuo (Sir Gregor Macgregor) para establecer una colonia de Europeos en la Costa Misquita, junto con las tergiversaciones a que se prestan tales intentos, han sido los causantes de que mucha gente tenga ideas erróneas acerca del clima, y topografía de esta región.

De acuerdo con lo que yo mismo pude observar y lo que oí decir a Europeos que habían sido residentes de la Costa Misquita, ésta es más saludable que muchos otros lugares de las Indias Occidentales en que se han fundado colonias Inglesas. Todo mundo sabe que las colonias situadas en terrenos bajos cerca de aguas estancadas fracasan por lo malsano del ambiente, más aún si se trata de un clima cálido. Sin embargo, me atrevería a afirmar, sin temor a equivocarme que en lugares similares al que ocupan los Valientes, donde las aguas se mantienen en constante renovación, los colonizadores Ingleses se mantendrían en buen estado de salud. Muchas de las praderas y sierras de la región son igualmente sanas. Sin embargo, los sitios ideales para la agricultura son las riberas de los ríos. Cienes de miles de Europeos podrían encontrar asilo a lo largo de la costa que está en poder de los Indios y en la región montañosa detrás de las colonias de los Caribes, sin incomodar en nada a los residentes nativos.

Los mosquitos y otros insectos de que tanto se habla en Inglaterra, al igual que los reptiles venenosos, no son tan molestos como se supone. Los primeros solo existen en los terrenos pantanosos; algunas colonias carecen de ellos por completo. Los últimos, es decir los reptiles, casi nunca se acercan a los lugares habitados por el hombre y es raro que causen daños. Se ha dicho, y yo también estoy de acuerdo con ello, que toda la costa, desde el Cabo de Honduras hasta el Río San Juan, está libre de

los violentos huracanes que a menudo azotan las Islas de las Indias Occidentales. También se ha dicho que esa misma región no está sujeta a los temibles terremotos que a menudo han destruido las ciudades Hispano Americanas situadas en la costa del Océano Pacífico, sembrando la desolación entre sus desdichados habitantes. En el curso de la narración anterior procuré hacer una descripción de los valiosos productos de la región con los cuales tuve contacto. Ahora repetiré que en la costa y a orillas de todos los ríos del interior del país hay cantidad interminable de cedro, caoba, santa maría, palo de rosa y muchas otras maderas preciosas. También hay en toda la región distintas clases de maderas colorantes, plantas resinosas y plantas medicinales. En las praderas se cría mucho ganado, y si existiera la demanda, se podría criar mucho más ganado en las planicies cerca de la costa y en el interior del país. El suelo se presta para el cultivo del azúcar, café, algodón, tabaco, indigo y todos los demás productos de los climas tropicales. No me cabe duda de que se podría cultivar suficiente arroz y maíz para abastecer las necesidades de todas nuestras posesiones en las Indias Occidentales. La pesca de la tortuga no solo se debe proteger de los intrusos sino que también, aplicando los métodos adecuados, se debe evitar que ese animal sea destruido innecesariamente, y así se obtendría mayor cantidad de carey.

Quizás no todos sepan que fue debido a razones políticas y no a mal clima o terreno que el Gobierno Británico se vió obligado a poner fin a sus colonias en la Costa Misquita cuando estas estaban en pleno desarrollo, y que los colonizadores Británicos abandonaron sus plantaciones con mucha tristeza y pesar. Sin embargo, muchos de los Criollos y gente de color, lo mismo que algunos Europeos, decidieron quedarse, y hoy día sus descendientes aún viven allí sin ser molestados por nadie, llevando una vida de bastante comodidad, especialmente en Bluefields, Laguna de Perlas y otros lugares de la costa, a los que ellos y sus amigos Indios dan el nombre de colonias "Inglesas".

Sin tomar en cuenta a los aborígenes, el número de personas que estaban bajo la jurisdicción Británica en el año de 1757, de acuerdo con el reportaje de su superintendente, Coronel Hodgson, era de aproximadamente mil cien almas. En el año de 1770, Mr. Edwards estima que el número había subido a mil cuatrocientos. La mayoría de esa gente se había establecido en Black River, Cape River, y Brancman. El primero de esos lugares, donde los Ingleses habían construido una pequeña fortaleza, fue la única colonia Inglesa de la que los Españoles trataron de apoderarse. Pero inmediatamente fueron expulsados por Robinson, el General Indio a quien tanto he mencionado. El resto de los Ingleses, residentes en Cabo Gracias a Dios, Sandy Bay, Laguna de Perlas, las Islas del Maíz (Corn Islands), Bluefields, Punta Gorda, Laguna de Brewer's, Plantain River, Mistiso Creek y otras partes de la costa, hasta llegar a la Laguna de Chi-

riquí, nunca fueron importunados. Eran dueños de una flota de doce embarcaciones de comercio, algunas de las cuales hacían comercio con Europa, y las otras con Jamaica y los Estados Unidos. Sus exportaciones de caoba, zarzaparrilla, carey y mulas, junto con las especias, indigo, cacao, cueros y otros productos que traficaban con los Españoles eran considerables e iban en aumento cada día.

En el año de 1776 la pequeña lancha "Morning Star" cuyos dueños eran Alexander Blair y el Dr. Charles Irving fue capturada por dos "Guarda Costas" españoles, en ocasión de lo cual fue introducido en el Parlamento un documento redactado por Bryan Edwards en el que se explicaba el derecho que tenía Inglaterra de mantener sus colonias en la Costa Miskita. En ese documento, Mr. Edwards describe con claridad la conexión que había existido entre los Ingleses y los Indios Libres de la Costa Miskita, desde en tiempos del reinado de Carlos Primero y sostiene que, según el artículo séptimo del tratado de Madrid, en 1670, las continuas cesiones hechas por los Indios al Rey de la Gran Bretaña fueron reconocidas y legalizadas y que esas cesiones no habían sido anuladas por el tratado de "Aix la Chapelle". Por consiguiente, la orden de retirar nuestras tropas y dismantelar las fortificaciones erigidas por los Ingleses en Black River, la cual fué dada posteriormente a ese tratado, "evidentemente se basaba en la absurda noción de que la Costa Miskita formaba parte de la Bahía de Honduras, siendo este un caso de inexcusable falta de atención, pues no es ni parte de dicha Bahía ni tampoco "del territorio que España tiene en esa parte del mundo". Pero, cualquiera que haya sido la interpretación que se le haya dado a esos tratados españoles, hoy día se puede considerar que ya no existen, y por lo tanto, es de esperarse que el Gobierno Británico, llegado el momento propicio, vea la necesidad que existe de extender su protección a los descendientes de esos colonizadores Británicos y sus amigos Indios, y no los abandone a las exigencias arbitrarias de los nuevos gobiernos de Hispano América, los cuales no tienen ningún derecho a reclamar como suya la Costa Miskita, y sin embargo, por sus despóticos decretos, se toman la libertad de imponer a esa gente un yugo similar al que ellos mismos se han impuesto. Es evidente que los nativos nunca se mezclarán totalmente con los ciudadanos de esos nuevos Estados, ni tampoco se dejarán asimilar o dominar por ellos. Y como ellos (los españoles) carecen en la actualidad del poder suficiente para ocupar el territorio Indio por la fuerza de las armas, es de temerse que, a no ser que intervenga la Gran Bretaña, cedan sus pretensiones a los Estados Unidos, cuyos comerciantes, que hablan el mismo idioma que nosotros, han estado extendiendo su comercio en toda la costa y debilitando el nuestro. Y si algún día los Estados Unidos llegara a tener un control firme en la región, no solo perjudicarían mucho nuestros intereses en las Indias Occidentales, sino que, con un pretexto u otro, dominarían y gradualmente destruirían a los nativos a punta de trabajos forzados, la construcción de canales u

VIAJES Y EXCURSIONES

otras obras. Ya he señalado al lector los puntos de la costa que son fuertes por naturaleza y fáciles de defender con muy poco gasto, y hombres como Bryan Edwards, el Coronel Hodgson, el Capitán Wright y otros, han insistido repetidas veces en la importancia y gran ventaja que se deduciría de la ocupación de algunos puntos de la costa, especialmente para proteger nuestras posesiones en las Indias Occidentales y para que en caso, de emergencia, tal como un huracán o cualquiera otra calamidad, nuestros colonizadores puedan abastecerse rápidamente de provisiones, madera y otros enseres, en vez de tener que esperar largos días a que les lleguen, si es que les llegan, procedentes de los Estados Unidos y el Canadá, y en caso de guerra, de lugares aún más lejanos.

He hecho una descripción detallada de las principales rutas por las que los Estados Centrales tienen acceso al Atlántico y ahora solo necesitaré representar un breve cuadro verbal del camino que conecta la Bahía de Honduras con la capital para demostrar lo incomunicados que están con la costa Este del país y la consecuente dificultad de mantener libre intercambio de productos con Europa y las Indias Occidentales, estableciendo la premisa de que la costa de lo que se conoce con el nombre de Provincia de Honduras es, en su mayor parte, inhabitable o está en manos de los Caribes e Indios hostiles, quienes podrían hacer de esta costa la ruta más "directa", aunque fuera peligrosa, sin tomar en cuenta Trujillo y Omoa.

La costa, al occidente del Cabo de Honduras y Trujillo, es baja, pantanosa, poco ventilada y muy insalubre. La distancia, en línea directa, de Trujillo a Omoa es de aproximadamente 60 ó 70 leguas, y un viajero que parece tener una opinión favorable de los Estados Centrales, relata su viaje de allí a la ciudad de Guatemala de la siguiente manera: A su llegada a Omoa, él y sus compañeros optaron por permanecer dos días a bordo en vez de exponerse a los pútridos vapores que se desprendían de los pantanos. Salieron de Omoa el 28 de Abril de 1825 y recorrieron "veintidos leguas hasta llegar a la desembocadura del río que desagua en el Golfo Dulce y de ahí al mar. Prosiguiendo río arriba, hicieron su entrada en el pequeño golfo, y de allí a "Izabel", una aldea insignificante habitada por unos cuantos negros. En esa aldea vendieron unos colchones que llevaban consigo y para reponerlos compraron un tipo de ropa de cama más liviano que se conoce con el nombre de amaches. Se instalaron en una pequeña choza y la única provisión que pudieron obtener fueron unas cuantas aves. Esta aldea queda a "dieciocho" leguas del río antes mencionado. Salieron de allí a las cinco de la mañana y cruzaron las montañas Del Micho, llegando a Micho al anochecer después de haber recorrido una distancia de siete leguas aproximadamente. "El camino que recorrimos ese día era pésimo y más de una vez nos hundimos en el fango. En la época lluviosa las mulas perecen a menudo en lagos de fango. Unas veces el viajero pasa al borde de precipicios donde es menester cerrar los ojos para no ver la situación

de grave peligro en que se encuentra. Otras veces no le queda otro remedio que depender enteramente de la experiencia de las mulas, que son muy astutas para escoger los senderos adecuados, pero a veces ellas también se equivocan y se hunden en el fango hasta el abdomen. A veces el viajero tiene que descender por planicies de marcado declive de donde a cada instante siente que se va a precipitar en un cenagal. Si su mente se aparta por un instante de los peligros y dificultades en que se encuentra, escucha los rugidos de leones y tigres, el ruido desordenado de los aullidos de diferentes animales y el canto de los pájaros, cuyo plumaje de vivos colores parece resaltar para hacer contraste con la escena de horror y peligro que acecha al viajero". Los viajeros pasaron la noche en una choza en Micho, donde cocinaron una de las aves de corral e hicieron una sopa y bizcochos. Al día siguiente reanudaron su viaje en la cumbre de una sierra donde aún escuchaban los rugidos de tigres. El camino estaba bastante bueno pero la bajada fue muy azarosa. Luego llegaron a una alameda de palmeras silvestres. En algunos sitios el panorama era en extremo bello; en cambio en otros era horriblemente salvaje. Por la tarde llegaron a "Encuentros", un villorrio mediano de pocos habitantes, a orillas del río Montagua; dista seis leguas de Micho. De Encuentros a Guana hay "cuatro" leguas por el montañoso camino. De allí a Gualam, donde el panorama presenta mejor aspecto y donde ya se empieza a ver más poblado, hay una distancia de más de "cuatro" leguas. Gualam es un pueblo de cuatro mil almas. Cada día que pasa aumenta su prosperidad y población gracias al río Montagua que pasa muy cerca de allí, por medio de cuyas aguas todos los productos de Omoa son enviados a Guatemala".

El 5 de Mayo recorrieron dos leguas hasta llegar a San Antonio, donde encontraron provisiones baratas, y como no iban a poder hacer compras en el camino, allí se abastecieron de todo. De San Antonio a la aldea India de San Pablo hay una distancia de "cinco" leguas; llegaron a las ocho de la noche y descansaron hasta las once, hora en que, bajo la luz de la luna, recorrieron "tres" leguas hasta llegar a Zacapa, una aldea grande situada en una extensa planicie. El camino a Zacapa era empinado y pedregoso; se encontraron con más de un convoy de mulas cargadas de productos destinados a la venta y vieron muchas tiendas de campaña en las cuales habían montones de frutas, granos, etc. También encontraron a Indios casi desnudos cargados como "bestias". El bochorno del sol era insoportable y la sed era tal, que la aparición de una choza donde quizás sería posible obtener un sorbo de agua era recibida por todos con vítores de júbilo. No lejos de Zacapa, el río de ese nombre se junta con el San Agustín para formar el río Montagua, que nueve leguas más allá, en Gualam, alcanza la suficiente capacidad para ser navegado por canoas grandes por una distancia de cuarenta leguas hasta desembocar en el mar. De Zacapa a Similapa, una aldea de unas cien chozas, hay una distancia de "ocho" leguas, y Sobecas queda a cuatro de allí. En los caminos había

muchos caballos y vacas muertas debido a que todos los pastizales estaban quemados. De allí pasaron a Guastatojas, pueblo que tenía varias casas de piedra, luego a Incontro y Roncadilla, a una distancia de siete leguas. Escalaron una montaña y pasaron una sucesión de varias colinas hasta llegar a Montegrande, una distancia de "cuatro" leguas, y de allí a la hacienda del Padre Caballeros, que distaba "cinco" leguas. El resto del viaje fué más agradable porque el camino estaba más sombreado.

El 13 de Mayo recorrieron un camino angosto al borde de un precipicio, cerca de un volcán inactivo, y después de traspasar una montaña llegaron a San José, que dista cinco leguas de la hacienda del Padre Caballeros. Allí soplaba un aire fresco y saludable. Pasaron la noche en una hacienda a dos leguas de allí, y a la mañana siguiente (14 de Mayo) siguieron el viaje por un camino que al principio es bastante bueno, pero luego se pone muy malo, especialmente al aproximarse a la ciudad de Guatemala. Dicha ciudad está situada en una planicie, que a pesar de estar muy mal cultivada, está compuesta de numerosas aldeas Indias. En los últimos días del viaje se encontraron con Indios de ambos sexos, cargados como "bestias", que marchaban al ritmo de un tambor. Solo necesito añadir que la distancia total de Omoa a la ciudad de Guatemala es de noventa leguas, y que de acuerdo con un informe de su propia Cámara de Comercio, en muchos casos, las mercancías no podían ser transportadas de la Bahía de Honduras a la capital en menos de ocho meses!

Por lo tanto, la ruta por el Río San Juan, aunque está bastante lejos de la parte central de los Estados, es evidentemente la que el comercio Europeo tendrá que tomar para comunicarse con el Pacífico. Todavía existe una tercera posibilidad: la de la vía Matina-Cartago, pero la distancia de allí a la capital y la falta de puerto en el Atlántico son obstáculos que hacen de ella una ruta poco atractiva para todos excepto los contrabandistas.

Volviendo a mis trámites en Belice, a poco de haber llegado entregué al Coronel Arthur y al Reverendo Mr. Armstrong un breve estudio sobre los diferentes sitios en que en mi opinión valdría la pena fundar colonias comerciales o de misioneros. Ambos se interesaron en mi estudio, pero los proyectos no se pudieron realizar debido a la intervención de ciertos individuos empeñados en perjudicarlos. Poco después el buen coronel fue llamado por el superintendente para consternación de los habitantes de Belice que lo estimaban por sus cualidades de hombre justo y bondadoso. Eso, más la conducta dudosa del Rey Misquito, los intereses en constante pugna de los comerciantes de Belice y otras circunstancias que no interesarían al lector, me obligaron a regresar a Inglaterra.

Pero antes de alejarme del mundo Occidental, estaba destinado a verme envuelto en otra aventura peligrosa. La pequeña goleta en que

ORLANDO W. ROBERTS

viajaba de Belice a Jamaica fue capturada por un gran bote de remos pirata cerca de la Isla de Cuba. Esta embarcación llevaba a bordo un grupo de maleantes de distintas razas. Como no teníamos cómo defendernos, no nos quedó otro remedio que someternos sin oponer resistencia. Después de apoderarse de todos nuestros objetos de valor, los piratas nos ordenaron que abandonáramos nuestra embarcación en una canoa toda resquebrajada y que los esperáramos en un cayó o isla desierta que se veía cerca de allí. Me disponía a bajar de la goleta cuando uno de los piratas se enamoró de mi chaqueta. Yo me la quité y se la tiré en el suelo diciéndole que “la tomara”. Como no le gustó la forma en que se la tiré, sin mucha ceremonia me dió un culatazo y fui a parar a la canoa en estado de inconciencia. Cuando recuperé el conocimiento me di cuenta de que por instinto me había colocado a la defensiva mientras él deliberadamente me apuntaba con una pistola que dichosamente falló. Mientras tanto mis compañeros se alejaban lo más rápido posible de la goleta. Permanecimos un momento en Sandy Kay, pero como sabíamos que tan pronto como los piratas se apoderaran de las cosas más valiosas quemarían la goleta y completarían su crimen matándonos a nosotros, decidimos huir. Tapando los hoyos de la canoa de la mejor manera que pudimos dimos la vuelta al cayó hasta llegar al lado opuesto del lugar en que los piratas estaban haciendo sus fechorías. Procurando mantener el cayó interpuesto entre ellos y nosotros, remamos toda la noche en dirección a la Isla de Cuba, a cuya costa Sur llegamos felizmente, e introduciéndonos en un pequeño río, nos abrimos paso por pantanos y lodazales hasta llegar a una pequeña fortaleza española donde se nos trató muy bien y de donde fuimos enviados a La Habana. Ahí conseguí con facilidad mi pasaje a Inglaterra.